

»Y semejante al viento, yo pasaré un día sobre ellos. Y cortaré la respiración á su espíritu con mi espíritu. Porque así lo quiere mi porvenir.

»En verdad os digo que Zaratustra es un viento poderoso, y da este consejo á todo aquel que escupe y vomita: «Guardaos de escupir contra el viento.»

«ASI HABLABA ZARATUSTRA»

II

Por qué soy tan listo

I

¿Por qué sé más que nadie de ciertas cosas?
¿Por qué, generalmente, soy tan listo, tan perspicaz?

Nunca he reflexionado sobre lo que para mí no existe; nunca me he *desperdiciado*.

Así, pues, las verdaderas dificultades religiosas, por ejemplo, no las conozco por experiencia propia.

Nunca me he podido explicar cómo podía «inclinarme al pecado». De igual modo carezco de todo criterio positivo para saber lo que es remordimiento. Y eso que, según dicen, los remordimientos no tienen nada de agradables.

Me molestaría abandonar un hecho por temor al desenlace, á las *consecuencias*. Cuando un asunto cualquiera termina mal, es que se ha

carecido de *buena mirada*. Los remordimientos son hijos de esto, de una *mala mirada*.

Considerar, honrar un fracaso, precisamente por eso: por tal fracaso, es lo que más se acuerda con mi moral.

«Dios», «la inmortalidad del alma», «la salvación», «el más allá», son conceptos á los cuales no he concedido importancia jamás, ni me han hecho perder nunca el tiempo, ni siquiera cuando era niño. ¡Quizás no fuese lo suficiente ingenuo para ello!

El ateísmo no es en mí resultado de algo, y mucho menos un acontecimiento de mi vida; es cuestión de temperamento, un producto del instinto. Yo soy demasiado curioso, demasiado incrédulo, demasiado petulante para tolerar que se me hagan preguntas enormes como puños.

Y Dios es eso, una pregunta enorme, una falta de consideración para con nosotros los pensadores. Diré más: es una prohibición intolerable; la prohibición de pensar.

Hay otras cosas que me interesan antes que eso. La salvación de la humanidad depende más de la *nutrición* que una simple curiosidad teológica.

Podríamos, por lo tanto, formular nuestra pregunta en los siguientes términos:

«¿Cómo debes nutrirte para conseguir el máximo de fuerza de *virtud*, en el sentido liberal y desmoralizador que daba el Renacimiento á esta palabra?»

Las experiencias personales que he hecho sobre este sentido, no me han dado resultado. Ahora que pienso en ello, me asombro de cómo no he sabido aprovecharme de estas experiencias para conseguir «lo razonable».

Únicamente la absoluta sordidez de nuestra cultura alemana, su «idealismo», podría explicarme, aunque no del todo, el por qué he llegado á confinar casi con la santidad. ¡Valiente «cultura», que exige, como primer principio, el desprecio de las *realidades* para correr detrás de un objeto fantástico, problemático—á lo cual llaman «propósitos idealistas»—: la «cultura clásica», por ejemplo! ¡Como si esta tentativa de unir estas dos ideas, «clásico» y «alemán», no estuviese condenada de antemano al fracaso!

Dan ganas de reír. ¡Cualquiera se imagina un ciudadano de Léipzig con «cultura clásica»!

Lo cierto es que hasta llegar á la edad madura, he estado *mal alimentado*... moralmente. Es decir, que me alimenté, que *comí* de un modo «impersonal», «desinteresado», «altruís-

ta», para que se beneficiaran los cocineros y demás prójimos míos.

Así, pues, gracias á la cocina de Léipzig, al mismo tiempo que hacia mis primeros estudios de Schopenhauer (1865), negaba con toda sinceridad mi *voluntad de vivir*.

Esta cocina de que hablo parece haber resuelto bien fácilmente el problema de abarrotar el estómago para una nutrición insuficiente. (Luego me han asegurado que el año 1866 cambió algo semejante sistema.)

Si se considera en conjunto la cocina alemana, se verán sus enormes desventajas: la sopa antes de la comida (en los libros de cocina venecianos del siglo XVI se le llama á esta costumbre *alla tedesca*), la carne cocida, las legumbres mantecosas, el frito duro como un pisapapeles, y sin añadir esa necesidad verdaderamente animal de beber después de la comida, tan peculiar de los alemanes viejos y de los que no son viejos, comprenderéis también el origen del *espíritu alemán*, de ese espíritu que nace de los intestinos atormentados. El espíritu, la *inteligencia alemana*, es una indigestión.

En cuanto á la cocina inglesa, que comparada con la alemana y aun con la francesa es como una especie de «retorno á la Naturaleza», al canibalismo, también me resulta opuesta á

mi instinto. Es pesada como los pies de los ingleses. Por eso la mejor cocina es la del Piemonte.

Siempre me fueron nocivas las bebidas alcohólicas. Basta un vaso de vino ó de cerveza diarios para que la vida se transforme para mí en un valle de lágrimas.

Por lo tanto, mis antípodas están en Munich. Aun reconociendo que he tardado un poco en comprender esto, todavía era muy niño cuando empecé á darme cuenta de que el vino y el tabaco no son al principio más que una estúpida vanidad de mozalbete, y después una mala costumbre. Tal vez haya influido el vino de Nuremberg en este juicio un poco *duro*. Sin embargo, para que yo creyera en los *beneficios* del vino sería preciso que fuese cristiano, que cometiese ese absurdo inconcebible de *tener fe*.

Una dosis *pequeña* de alcohol me pone de malhumor; una dosis *grande* me cambia en un completo marinero. Desde mi más tierna edad puse siempre un decidido empeño en sostener personalmente este criterio.

Para mí, el redactar una larga disertación latina en una sola noche, con la pluma ambiciosa de imitar en exactitud y concisión mi modelo Salustio, estaba de perfecto acuerdo con mi fisiología y aun con la de Salustio, opi-

nase lo que quisiera la venerable escuela de Porta, de la cual era alumno.

Luego, conforme fui avanzando en mi vida, haciéndome hombre, aumentó esta aversión contra toda bebida *espirituosa*. Yo, que al igual de mi *conversor* Ricardo Wagner, soy enemigo radical del vegetarianismo, nunca me cansaré de aconsejar enérgicamente la absoluta abstinencia del alcohol á las naturalezas *espirituales*. ¡En cambio el agua!...

Siento verdadera predilección por los sitios donde—como Niza, Turin, etc.— hay siempre aguas corrientes para hundirse. Un vaso de agua destruye en mi concepto la afirmación inconcebible de *In vino «veritas»*. Estoy en desacuerdo con el mundo entero. Para mí la inteligencia nace sobre el *agua*.

He aquí algunas indicaciones respecto de mi concepto de la moral. Una comida substanciosa es más fácil de digerir que una ligera. La principal condición para digerir bien es que el estómago entre en total actividad. Hay que *conocer* para ello la capacidad estomacal de cada uno. Por lo mismo se deben evitar esas comidas interminables—verdaderos tormentos interrumpidos—de los hoteles y los restaurantes.

No se debe tampoco beber durante la comida, y mucho menos café, porque el café entris-

tece. El té en cambio es saludable; pero hay que tomarlo por la mañana á pequeñas dosis y muy cargado. Si está flojo, puede ser perjudicial.

Claro es que respecto del particular, cada uno tiene su medida, y también que debemos atenernos al clima. Hay regiones, por ejemplo, donde no conviene el té como desayuno y en cambio debe aconsejarse una taza de cacao bien espeso.

Además, hay que estar *sentado* lo menos posible y dejar que los músculos gocen también. Ya he dicho que todos los prejuicios tienen un origen intestinal.

II

El *ambiente*, el *clima*, están estrechamente ligados con la nutrición. Nadie puede vivir del mismo modo en distintos sitios. El hombre que emprenda una tarea cualquiera, que se proponga resolver un arduo problema, debe antes poner un gran cuidado en la elección del medio.

La influencia climatológica sobre la *asimilación* y *desasimilación* es tan poderosa, tan

innegable, que un simple error en la elección de ambiente ó de clima puede anular y apartar radicalmente á un hombre de sus propósitos. En estas condiciones le faltará esa grandeza de vigor animal necesaria para la conciencia del propio valimiento, para el sentimiento de libre superioridad que invade el espíritu y nos permite decir: «Yo soy el único capaz de hacer esto.»

Una simple afección intestinal que se transforma en vicio, basta para un genio, una especie de cretino, de *alemán*. Ya el clima de Alemania es suficiente para anular las entrañas más firmes, aun aquellas predisuestas al heroísmo.

La mayor ó menor rapidez asimilativa está en relación directa con la movilidad ó parálisis de los *órganos* del espíritu. Después de todo, el espíritu no es ni más ni menos que una forma, un aspecto de la evolución de la materia.

Fijaos en los pasajes donde—en distintas épocas y siglos distintos—hubo siempre hombres espirituales; donde la inteligencia, el refinamiento intelectual formaban parte de la felicidad; donde el genio estaba, por decirlo así, en su propia casa, todos ellos eran de clima seco: París, Provenza, Florencia, Jerusalén, Atenas.

Me parece que estos nombres son pruebas más que suficientes de lo que digo. El genio está *condicionado* para un clima seco, bajo un cielo claro, para una asimilación y desasimilación rápidas, que le permitan procurarse incesantemente enormes cantidades de fuerza y energía.

Delante de mí tengo bien claro el ejemplo de un espíritu notable, plenamente dispuesto de energías libres, que por carecer de discernimiento para elegir el clima favorable se transformó en estrecho, rutinario y especialista.

Yo mismo, á no ser por la enfermedad que me abrió los ojos y los oídos á la razón y á la verdadera realidad, sería otro ejemplo.

Ahora que, gracias á una larga experiencia, observo los efectos climatéricos y meteorológicos sobre mí, como sobre un instrumento sutil y dócil, ahora que un corto viaje de Milán á Turín me permite reconocer fisiológicamente el grado de humedad del aire, pienso con terror en que mi vida durante estos diez últimos años (los años que me pusieron en peligro de muerte) hubiese podido transcurrir en lugares impropios, casi *prohibidos* por perjudiciales á mi fisiología particular: Naumenburgo, Pforta, Turingia, Léipzig, Basilea, Venecia...

Ahora bien; puesto que yo no conservo de mi infancia ni de mi juventud el más pequeño

recuerdo agradable, sería inútil ampararme aquí de esas disculpas que llaman «morales», como, por ejemplo, la indiscutible penuria de una sociedad *suficiente*; porque esa penuria existe hoy lo mismo que antes y no impidió en nada mi alegría y mi audacia.

El mal, la verdadera fatalidad de mi vida es la ignorancia en materia fisiológica, siempre el maldito *idealismo*.

Esto es lo que hay de superfluo, de estúpido dentro de mí, lo que no ha salido aún, con lo que no puedo transigir y á lo que está prohibida la más pequeña compensación.

Este «idealismo» es el que tiene la culpa de todas las vergüenzas, de todas las aberraciones del instinto, de todos los actos de «humillación» que he cometido y que me alejaban de la verdadera «misión» de mi vida.

En efecto, ¿por qué seré un filólogo y no un médico ú otra cosa que me hubiese abierto antes los ojos?

Mientras estuve en Basilea, todo mi régimen intelectual, sin excluir la división del tiempo, se redujo á un insensato derroche de energías extraordinarias, sin que hubiese compensación por no haber pensado siquiera en reponer con nuevas energías las derrochadas con tanta prodigalidad. Fué aquella una ausencia absoluta

de *sentido* práctico, de la *salvaguardia* del instinto imperativo; una asimilación de mí mismo á todo, con tal «desinterés» y tal olvido de las distancias, que no me lo perdonaré nunca.

Cuando llegué al fin de semejante situación, sólo por el hecho de haber llegado, reflexioné acerca de la profunda sinrazón de mi vida, del idealismo.

La enfermedad fué mi salvadora.

III

Á la elección nutritiva, climatérica y del medio, debe añadirse otra muy esencialísima é importante: la del *recreo*. En este caso los límites de lo que es *útil*, de lo que debe *permitirse* cada espíritu son mucho más estrechos.

Respecto de mi particular modo de ser, toda clase de *lectura* es para mí un recreo que me permite pasear por las ciencias y las almas extrañas á mí mismo. Yo considero la lectura como un descanso superficial.

Cuando me ocupo en un cualesquiera trabajo, no se verá un solo libro junto á mí. No

podría tolerar que nadie piense ó hable delante de mí en esos momentos. Y si leyera ocurriría ese contratiempo.

¿No habéis observado que durante esa violenta tensión con que el período incubador castiga al espíritu, incluso al organismo entero, la más pequeña influencia exterior nos hiere honda y profundamente?

Hay que evitar, pues, á toda costa la casualidad, la sensación exterior. Uno de los primeros mandamientos de la buena gestación intelectual es el emparedamiento, el enmurallamiento de nosotros mismos. Y si en esos instantes inspirados me pusiera á leer es como si tolerase que un pensamiento *intruso* escalara mis tapias.

En cambio, una vez terminados los períodos de trabajo y de fecundidad suena la hora del esparcimiento. ¡Vengan á mí los libros agradables, espirituales, inteligentes! ¿Cómo leer entonces obras alemanas?

Desde hace seis meses no he cogido un libro. El último fué un excelente estudio de Victor Brochard, *Los escépticos griegos*, en el cual hay no poco de mis *Laestiana* (1).

(1) Estudio de Nietzsche acerca de Diógenes Laercio, publicado en 1868 en *Rheinisches Museum*.

Los escépticos son para mí el único tipo *honorable* entre la gente filosófica tan ambigua.

Por otra parte, yo siempre he recurrido á los mismos libros, unos cuantos, muy pocos, que á mi juicio son realmente *demostrativos*, tal vez no esté de acuerdo con mi naturaleza eso de leer mucho y muchas cosas diferentes. Una sala de lectura me pone malo. La desconfianza, la enemistad casi, son mis características frente á un libro nuevo, en vez de la tolerancia, la afectuosidad ú otras cualesquiera formas del «amor al prójimo».

Siempre que siento la necesidad de leer, recurro á un reducido número de autores franceses. Yo no soy de los que desconfían de la civilización francesa, y casi diría europea á no formar parte de Europa Alemania... Los contados casos de verdadera cultura que he encontrado en Alemania eran todos de origen francés, como por ejemplo el de Cósima Wágner, la voz más autorizada en materias estéticas que he oído en mi vida.

Si leo á Pascal, si le estimo como la víctima más interesante del cristianismo, el cual le ha asesinado primero el cuerpo y luego el alma, en lógico resultado de esa espantosa forma de inhumana crueldad; si hay en mi espíritu—y quién sabe si en mi cuerpo también—algo de la

caprichosa fantasía de Montaigne; si mi gusto depuradamente artístico ensalza y defiende —alguna vez con cierta aspereza— los nombres de Molière, de Corneille y Racine contra un genio inculto como Shakespeare; si amo á todos estos autores clásicos, no por eso dejo de hallar un gran encanto en la lectura de los novísimos franceses. Yo no recuerdo en qué otro siglo de la historia podría reunirse un puñado de psicólogos tan curiosos y al mismo tiempo tan delicados como en el París actual. Por ejemplo —cito unos cuantos, porque son muchos los notables—, Paúl Bourget, Pierre Loti, Gyp, Meillac, Anatole France, Jules Lamaitre; y sobre todo, uno de los fuertes, de los vigorosos, un verdadero latino por el que siento particular predilección: Guy de Maupassant.

Así, en confianza, os diré que prefiero esta generación de escritores franceses á la de sus antecesores y maestros, corrompidos por la filosofía alemana. Dondequiera que pone la mano Alemania corrompe toda manifestación de cultura. Por eso Francia no ha tenido un espíritu verdaderamente libre hasta después de la guerra.

Stendhal es una de las más felices casualidades de mi vida. (Porque todo cuanto ha hecho época en mí, me llegó siempre casualmente.)

Para mí Stendhal tiene un valor inapreciable por su psicología *anticipadora*, por la precisión sintética de su arte, un arte que recuerda el del más grande de los realistas (*ex ungue Napoleonem*) y sobre todo por su *honradez atea*. Esto último es lo difícil de encontrar en Francia: honremos la memoria de Próspero Mérimée.

Á veces creo que hasta siento celos de Stendhal. Él me ha robado una de las más divertidas frases que pudo hacer mi ateísmo diciendo: «Lo único que puede disculpar á Dios es que no existe.»

Yo mismo he dicho en alguna parte que el mayor reproche á la existencia es *Dios*.

IV

Enrique Heine resume para mí la más alta concepción del lirismo. En ninguna época, en ninguno de esos extensos dominios espirituales que se extienden millares de años, suena con tan apasionada dulzura una música como la de su arte.

Heine poseía esa maldad divina, sin la cual

no es posible concebir la perfección. (Yo juzgo siempre á los hombres y á las razas según la mayor ó menor necesidad que sienten de identificar su dios con un sátiro.) ¡Y cómo maneja el alemán!...

Algún día se dirá que Heine y yo no sólo hemos sido los más grandes artistas de la lengua alemana, sino que dejamos muy detrás de nosotros incluso las obras de aquellos que no fueron alemanes...

*
**

Yo debo tener íntimo parentesco con el Manfredo de lord Byron. Todos los abismos de su alma los he encontrado en el fondo de mi alma. Á los trece años ya está capacitado para no perder la menor palabra, el más pequeño gesto de los que en presencia de Manfredo se atrevían á hablar de Fausto.

Los alemanes son incapaces de concebir lo sublime bajo ninguna forma; testigo de ello, Schumann. Por eso, rabioso contra las dulzonerías, compuse una vez la «contraovertura» de *Manfredo*, y de la cual dijo Hans de Bulow que no había visto nunca nada semejante en papel pautado. Decía que aquello era violar á Euterpe.

*
**

El principal mérito de Shakespeare consiste en haber concebido el tipo de César. Estas cosas no se pueden adivinar. O se es César ó no se es César. El gran poeta no puede ni debe dar sino su propia realidad, hasta tal punto, que muchas veces no puede soportar su obra. (Así, pues, cuando miro mi *Zaratustra* tengo que pasear media hora por la habitación para dominar los sollozos.)

No conozco ninguna lectura que desgarré tanto el corazón como la de las obras de Shakespeare. ¡Cuánto ha debido sufrir un hombre para sentir hasta ese punto la necesidad de transformarse en bufón!...

¿Se comprende á Hamlet? No es la duda, es la certidumbre lo que le vuelve loco. Pero para sentir de este modo hay que ser profundo, hay que ser filósofo, hay que tener un abismo interior.

Á todos nos causa *miedo* la verdad... Estoy seguro, instintivamente seguro, de que lord Bacon es el creador, el torturador de esta clase de literatura llena de máxima inquietud.

Me tiene sin cuidado la charlatanería lamentable de esos vacuos espíritus americanos. La prodigiosa potencia visionaria no sólo es compatible con la potencia activa, criminal, sino que es incluso su corolario. Estamos muy

lejos de saber lo bastante respecto de lord Bacon, de ese primer realista, en el sentido más amplio de la palabra, para conocer *todo* lo que hizo, de *todo* lo que amó y odió, de *todo* lo que vivió con él mismo.

¡Vayan ustedes, pues, al diablo, señores críticos! Aun suponiendo que yo hubiese firmado mi *Zaratustra* con otro nombre que no fuera el mío, con el de Ricardo Wágner, por ejemplo, no hubiese bastado la sagacidad de dos mil años para adivinar que el autor de *Humano, demasiado humano* era el visionario de *Zaratustra*.

V

Ahora que estoy hablando de las emociones recreativas de mi vida, no puedo menos de hacer constar mi gratitud por lo que me fué más profundamente, más cordialmente agradable.

Me refiero á mi íntima amistad con Ricardo Wágner.

Mis otras amistades, cualesquiera otras relaciones, me tienen sin cuidado; pero por nada del mundo querría ni podría borrar de mi

vida aquellos días inolvidables de Triebsehen, días de confianza, de alegría, de azares sublimes y momentos profundos... Ignoro lo que les habrá ocurrido á otros hombres con Wágner; pero puedo afirmar que en *nuestro* cielo no apareció nunca la más pequeña nube.

Al decir esto, vuelvo nuevamente los ojos á Francia. No me molesto siquiera en discutir con los wagnerianos, *et hoc genus omnes*, que creen honrar á Wágner creyéndole semejante á ellos. Lo más que consiguen de mí es un gesto de desdén...

Siendo como soy instintivamente refractario á todo cuanto sea alemán, hasta el punto de que la vista solamente de un alemán me corta la digestión, la primera vez que hablé con Wágner fué el primer instante de mi vida en que pude respirar libremente.

Yo consideraba á Wágner, lo veneraba como un producto del *extranjero*, como un contraste, como una protesta viva contra las «virtudes alemanas».

Los que respiramos aun siendo muy niños el aire pantanoso de 1850 tenemos que ser necesariamente pesimistas respecto de cuanto se relacione con la «idea alemana». No podemos menos de ser revolucionarios, no podemos consentir el predominio de los tartufos. Claro es

que me tiene sin cuidado el que cambien de colores la bandera, que se vistan de escarlata ó se pavoneen con uniforme de húsar.

Pues bien; Wágner era un revolucionario. Había huído de los alemanes, y *artista* antes que nada, no podía tener otra patria en Europa más que París.

La delicadeza estética de los cinco sentidos, que es una de las características del arte wagneriano, el sentido de los distintos matices, la morbidez psicológica, son cualidades que no se encuentran ni se adquieren más que en París, ni hay en otra parte más pasión por todo lo que se relacione con las cuestiones artísticas. En Alemania hay suficientes motivos para no dudar de la ambición enorme que late en el corazón de un artista parisién. El alemán es bonachón. Wágner no tenía nada de bonachón.

Sin embargo, ya creo haber explicado en otra ocasión cuáles eran los antecedentes y antecesores de Wágner (*Más allá del bien y del mal*). Wágner es uno de esos románticos franceses del segundo período, de la especie sublime y seductora á la cual pertenecen artistas como Delacroix, como Berlioz, y que guardan en lo más íntimo de su ser algo enfermizo incurable, que son fanáticos y virtuosos de su arte hasta un punto inconcebible.

¿Quién fué el primer partidario, la primera inteligencia que supo comprender á Wágner? Carlos Baudelaire, el mismo que supo descubrir á Delacroix, el decadente-tipo á quien venera toda una generación de artistas, y que tal vez fué el último artista.

Pero lo que nunca he perdonado á Wágner es su *condescendencia* con Alemania, que llegase á ser un alemán del Imperio. Por dondequiera que pasa, Alemania corrompe la civilización.

VI

Realmente mi juventud me hubiera sido intolerable sin la música wagneriana. Porque yo estaba *condenado* á vivir entre alemanes.

Cuando quiere uno librarse de una opresión molesta, toma haschich. Pues bien; yo echaba mano de Wágner, que era para mí el antídoto por excelencia contra el veneno alemán.

Desde el momento en que tuve una partitura de piano de *Tristán*—¡mi cordial saludo, señor Bulow!—, fui wagneriano.

Las obras anteriores de Wágner me pare-

cían estar muy por debajo de mí; eran demasiado vulgares, demasiado alemanas. Todavía hoy busco inútilmente en todas las artes una obra que pueda igualarse á *Tristán* por su peligrosa fascinación, por su terrible y dulce infinitud. Las más hermosas concepciones extrañas de Leonardo de Vinci pierden su encanto al oírse los primeros compases de *Tristán*. Esta obra es, en absoluto, el *nec plus ultra* de Wágner. *Los maestros cantores*, *El anillo*, son el descanso, el reposo de la obra anterior. Y sanearse, mejorar de salud, para una naturaleza como la de Wágner, es un retroceso.

Siempre consideraré como una inmensa fortuna el haber vivido precisamente entre los alemanes para estar *maduro*, apto para esta obra. El mundo es una cosa insignificante y deleznable para todo aquel que no ha estado nunca lo suficientemente enfermo para saborear la psicología, verdadera «voluptuosidad celeste». Como haciendo uso de un permiso, casi obedeciendo á un mandato, debo emplear aquí una fórmula mística. Yo creo saber mejor que nadie los prodigios que Wágner es capaz de hacer; la evocación de cincuenta universos de encantado-

res, fantásticos, á los que sólo él puede llegar por la fuerza de sus alas.

Por eso, tal como soy, lo suficiente fuerte para mover á favor mío lo más problemático y lo más peligroso para adquirir mayor fuerza aún, reconozco á Wágner como el más grande bienhechor mío. Nos une el sufrimiento, un sufrimiento igual y profundo, mucho más enorme y profundo que el que hayan podido y puedan sufrir los hombres de nuestro siglo. Esta alianza de dolor será eterna para nuestros nombres en el porvenir. Tanto Wágner como yo no somos entre los alemanes más que una equivocación.

¡Nos separan dos siglos de disciplina psicológica y artística, señores germanos!... Pero no se consigue vadearlos tan fácilmente...

VII

Todavía no he dicho á mis lectores cómo concibo, cómo *exijo* yo que sea la música.

La música debe ser serena y profunda como una tarde de Octubre. Debe ser particular,

exuberante y tierna. Su astuta gracia debe recordar á una mujercita.

Por eso no consiento, no consentiré jamás el que me digan que un alemán pueda saber lo que es la música. Esos que llaman músicos alemanes, y sobre todo los más grandes, son extranjeros: eslavos, croatas, italianos, holandeses ó simplemente judíos. Y en caso de ser alemanes, lo son de la raza hoy *extinguida*, alemanes como Henri Schütz, Bach y Hændel. Yo mismo me siento lo bastante polaco para tenerme sin cuidado la música ante Chopin. Exceptúo el *Siegfried-Idyll* de Wágner, quizás algunas cosas de Listz, que está por encima de todos los músicos por los nobles acentos de su orquestación, y finalmente cuanto ha nacido del otro lado de los Alpes. No podría prescindir de Rossini y menos aún de *mi* Mediodía en la música, mi maestro veneciano Pietro Gasti.

Al decir «del otro lado de los Alpes», me refiero únicamente á Venecia. Siempre que busco otra palabra para expresar el vocablo «música» no encuentro más que ésta: «Venecia». Yo no puedo establecer diferencia alguna entre las lágrimas y la música. Conozco la inmensa felicidad de reconocer el *Mediodía* en un estremecimiento de horror.

Apoyado sobre el puente
estaba solo y de pie en la negra noche.
Llegaba hasta mí un canto lejano;
gotas de oro rielaban
en la faz temblorosa del agua.
Góndolas, luces y músicas
bogaban buscando el crepúsculo.

Mi alma vibrante de arpa
se cantaba á sí misma,
invisiblemente conmovida,
una canción de gondoleros,
temblorosa de irisada beatitud.
¿Quién mi canto escucharía? (1)

VIII

Por encima de todo esto, de la elección de alimentos, medio ambiente y diversiones, debe predominar el instinto de conservación, ese instinto inequívoco que sirve para defendernos del mundo exterior.

Abstenerse de ver ciertas cosas, de oirlas, de dejarlas llegar hasta nosotros, es el primer mandamiento de la sabiduría, la principal de-

(1) Composición titulada *Venecia*, que forma parte de la colección de poesías del autor.—J. F.

mostración de que no se es una casualidad, sino una necesidad.

La palabra más exacta, más adaptable á este instinto de la propia defensa, es *el gusto*. En virtud del imperativo mandato del gusto, no sólo debemos decir «no» cuando el «sí» sea una prueba de «desinterés», sino decir «no» *lo menos posible*. Es decir, separarse, alejarse de todo aquello que nos obligue siempre á contestar que «no».

La razón nos enseña que cualesquiera desgastes de energía durante la actitud defensiva, cuando se transforman en regla, en costumbre, provocan en nosotros un empobrecimiento extraordinario y perfectamente inútil. Mi *gran* desgaste de energía no es más que la acumulación de los pequeños. La propia defensa contra las aproximaciones ajenas representa un desgaste, una dilapidación de fuerzas y energías puramente negativos. Si semejante estado se prolonga, acabará el que lo padezca por debilitarse de tal modo, que ni siquiera podrá defenderse.

Suponed que yo salgo de mi casa, y que en vez de encontrarme en una calle de la plácida y aristocrática ciudad de Turín, estoy en un pueblo alemán. Tendría entonces que poner en guardia mi instinto contra todo lo que pudie-

ra llegarme de este mundo estúpido y poltrón. O también que me hallase en una gran capital alemana, en una verdadera creación del vicio, donde todo lo bueno y lo malo es importado de fuera: ¿no me vería obligado á transformarme en erizo?

Otro de los mandamientos de la sabiduría y de la defensa de sí mismo consiste en *reaccionar lo menos posible*, es decir, sustraerse, evitar las situaciones y los casos en que se vería uno condenado á suspender en cierto modo su libertad, su iniciativa para transformarse en un simple elemento reaccionario.

Para comprender mejor esto se puede tomar como término de comparación nuestras relaciones con los libros. El sabio que se limita á «cambiar» volúmenes—y en un filólogo de mediana disposición esta cifra se puede elevar á 200 diarios—acaba por perder completamente la capacidad de pensar por sí mismo. Mientras no revuelva libros no piensa. El pensamiento es en él una consecuencia, una excitación de lo que lee, y finalmente se contenta con *reaccionar*.

El sabio despliega todas sus fuerzas, emplea todas sus energías en comentar, en discutir y criticar las ideas de los demás; él no tiene ideas.

El instinto de defensa, de conservación, se ha debilitado, se ha anulado en él, porque si no se pondría en guardia contra los libros.

El sabio es un decadente. Yo he visto más de un caso de naturalezas claras y bien dotadas que en cuanto llegan á la treintena se destruyen por la lectura.

Son como las cerillas, á las que es preciso frotar para que den luz, «ideas». En las primeras horas de la mañana, cuando el sol se levanta, cuando el espíritu goza de toda su frescura y amanecen las energías, es un vicio imperdonable coger un libro.

IX

Al llegar aquí no puedo menos de contestar á la pregunta *se llega á ser lo que somos*, como se consigue tocar la más alta cima del sublime arte, del *egoísmo*.

En efecto, si admitimos que la misión particular, la determinación, el *destino* de esa misión rebasan con mucho la talla ordinaria, se correrá el enorme peligro de prepararse al *mis-*

mo tiempo que empiece la misión á cumplirse. Llegar á ser lo que se es, presupone la conciencia indudable de *eso* que se es. Desde este punto de vista, los *desprecios* que cometemos en la vida adquieren sentido y valor propios, personales.

Muchas veces tomamos por un atajo, damos rodeos, nos detenemos al borde del camino, nos contentamos con poco, y ponemos todo nuestro empeño en cumplir una misión que no es nuestra misión.

He aquí, pues, la grande la casi suprema sabiduría. Donde el *nosce te ipsum* sería el más seguro medio de perderse, de olvidarse, de *desconocerse*, brota la razón de lo contrario. Ó expresándome desde el punto de vista moral, el amor al prójimo, la vida al servicio de los demás ó de cualquier otra causa, *pueden* transformarse en seguros medios de conservar más duramente el amor propio.

Este es el caso excepcional en que únicamente, faltando á mis convicciones, aconsejo el instinto «desinteresado», porque únicamente en este caso resulta favorable al *egoísmo* y á la *disciplina personal*.

Hay que conservar intacta la superficie de la conciencia: la conciencia es una superficie preservada de cualquier contacto imperativo.

¡Desconfiad siempre de las grandes palabras y las actitudes grandes! Corremos el peligro de ver cómo el instinto «se comprende» demasiado pronto á sí mismo.

En cambio, durante los intervalos ó pausas, la idea organizadora, la idea llamada á ser dominadora, crece, se agranda en nuestros profundos, empieza á ordenar, *encauza* poco á poco los rodeos y atajos hacia el verdadero camino, prepara *ciertas* cualidades y ciertas capacidades, que algún día serán indispensables para lograr el objeto propuesto, forma unos después de otros los poderes *esclavos*, sin dejar traslucir antes de tiempo el propósito, el «objeto», el «término» del «sentido final».

Vista por este lado, mi vida es sencillamente maravillosa.

Para cumplir la tarea de escribir una *Transmutación de todos los valores*, tal vez hiciese falta mayor suma de capacidad de la que puede encontrarse en un solo individuo; era preciso, además, que las diferentes capacidades se contradijeran, sin llegar á perjudicarse ó á destruirse entre sí.

La jerarquía de las capacidades; el sentido de la distancia; el arte de separarlas ordenadamente; no confundir nada ni reconciliar nada; la prodigiosa multiplicidad opuesta, sin

embargo, á la caótica confusión: he aquí mis principales cualidades, lo que constituye el amplio trabajo y la maestría de mi instinto.

La salvaguardia superior de este instinto estaba de tan perfectible manera anclada en el fondo de mi *yo*, que nunca dudé de su existencia, de su crecimiento dentro de mí mismo, hasta dar lugar á que todas mis facultades surgieran súbitamente en su más alta perfección.

*
**

Yo no recuerdo haber hecho nunca un esfuerzo por nada. En toda mi vida no se encuentra un solo rasgo de lucha. Mi naturaleza es esencialmente opuesta al heroísmo. «Querer» algo, «aspirar» á algo, tener un «fin», un «deseo», son cosas para mí desconocidas.

En estos momentos miro á mi porvenir—¡un porvenir lejano!—como se mira el mar sereno. Ningún deseo conmueve su tersa superficie.

Ni quiero que cambien las cosas ni cambiar yo. Así he vivido siempre. Jamás he tenido un deseo.

Al cabo de mis cuarenta y cuatro años puedo decir que nunca me preocupé de los honores, de las *mujeres* y del *dinero*.

No porque me hayan faltado.

Así, por ejemplo, me encontré de pronto, sin que yo lo solicitara ni se me ocurriera como posible, profesor universitario cuando apenas tenía veinticuatro años. Así, por ejemplo, en dos años me encontré de pronto filólogo, puesto que mi primer trabajo filológico me lo solicitó mi profesor Ritschl para publicarlo en su *Reinisches Museum*.

(Ritschl—lo digo con veneración hacia su nombre—es el único sabio genial que he conocido hasta ahora. Poseía esa agradable depravación que nos caracteriza á los naturales de Turingia, y que hace simpático incluso á un alemán. Para llegar á la verdad preferimos los caminos desviados. Y conste que no quiero molestar, con un bajo concepto, á mi más próximo compatriota Leopoldo de Ranke, el *listo*).

Tal vez se me pregunte el motivo de haber hablado de todas estas cosas insignificantes según el juicio vulgar y tradicional; incluso se hablará de mi fastidio en vez de comprender la

importancia de la alta misión que me propongo defender.

Pero yo contestaré que todas esas pequeñas cosas—nutrición, medio ambiente, clima, recreos, toda la casuística del amor propio, en fin—son, desde cualquier punto de vista que se las considere, mucho más importantes que todo cuanto se ha considerado hasta ahora como importante. Por ahí precisamente es por donde debemos empezar el *cambio de método*.

Todo cuanto la humanidad ha tomado en serio hasta hoy, no son ni siquiera realidades, sino quimeras, *mentiras* mejor dicho, nacidas de los malos intentos de naturalezas enfermizas, tales como: «Dios», «el alma», «la virtud», «el pecado», «el más allá», «la verdad», «la vida eterna». Y al buscar la grandeza humana la buscaron como «divina».

Los problemas, aun simplemente las nociones de orden político social ó educativo, se han falseado desde su origen, puesto que se ha considerado á hombres insignificantes y aburridos como á grandes hombres. Y por eso, porque esos hombres han enseñado el desprecio de las cosas «pequeñas», quiero yo establecer los verdaderos hechos fundamentales de la vida.

Si por un momento me comparo á esos hombres venerados hasta el presente como los pri-

meros hombres, no puede menos de verse á simple vista la enorme diferencia que existe entre ellos y yo.

Esos supuestos «primeros» no son para mí hombres; les considero como el desecho de la humanidad, productos enfermizos del mal instinto de la venganza. Son monstruos fatales é irremediabilmente incurables que quieren vengarse de la vida.

Yo quiero ser el opuesto, el antípoda de esos hombres. Mi privilegio consiste en una especial agudeza de los sentidos para la sintomatología de los buenos instintos. No hay en mí un solo rasgo enfermizo. Ni siquiera en las enfermedades graves que he padecido degeneré en mórbido.

No se encontrará en mí un solo gesto, el más pequeño ademán de fanatismo. En ningún momento de mi vida podrá descubrirse una actitud patética ó pedante. Las actitudes patéticas no tienen nada que ver con la grandeza. El que necesita frecuentemente adoptar actitudes determinadas no es *franco*. ¡Desconfiad de los hombres pintorescos!

Nunca me ha parecido tan fácil, tan facilísima la vida, como en aquellos momentos que exigía de mí las cosas más difíciles.

El que me haya visto durante los setenta

días de este otoño, en los cuales no he escrito más que cosas de primer orden—cosas que nadie podría imitar, ni enseñarme, con la responsabilidad de millares de años futuros—, no habrá notado en mí la menor fatiga, la más pequeña huella de tensión, sino, en cambio, una frescura de espíritu y una alegría desbordantes. Nunca he comido tan agradablemente ni he dormido mejor.

La verdadera prueba de grandeza está en la *diversión*. La menor actitud contrariada, el aspecto sombrío son reproches que se pueden dirigir contra un hombre, y, con doble motivo, contra una obra... Nunca hay derecho á tener nervios, á sufrir de soledad. Á mí lo único que me ha hecho sufrir ha sido la multitud.

En una época en que era absurdamente joven, á los siete años, ya sabía que nunca podría conmoverme ninguna palabra humana, y sin embargo, ¿me ha visto nadie triste por eso?

Aun hoy que conservo la misma afabilidad respecto de todo el mundo, especialmente de los inferiores, no hay en ello el menor átomo de orgullo ó de fingido desprecio. Cuando desprecio á alguno *adivina* en seguida que le desprecio. Mi sola presencia basta para remover la sangre corrompida en las venas.

Mi fórmula para la grandeza humana es *amor fati*. No hay que pedir, no hay que buscar otra, ni en el pasado ni en el futuro, ni en toda la eternidad.

No basta soportar, ocultar lo necesario—el idealismo es la mentira frente á la necesidad—: hay que *amarlo* también...

III

Por qué escribo tan buenos libros

I

Yo soy una cosa. Mi obra es otra.

Antes de hablar de mis libros quiero decir algunas palabras acerca de la comprensión é incomprensión que han encontrado. Y conste que lo hago sin concederle importancia, porque este asunto está muy lejos de ser actual. Yo mismo, personalmente, no soy todavía actual. Hay individuos que nacen de un modo póstumo.

Día llegará en que se hagan precisas instituciones que enseñen mis doctrinas, que enseñen á vivir como yo entiendo la vida. Tal vez entonces incluso crearán una cátedra para la interpretación de *Zaratustra*.

Por eso sería estar en contradicción conmigo mismo si esperase encontrar ahora oídos y manos para *mis* verdades.

SOPORTADO EN EL CATECISMO?